

En efecto, á poco rato y hora y media antes de morir, le sobrevino una congoja mortal ó parasismo, que hizo creer á todos que habia dejado de existir, porque le duró largo rato; pero de repente abrió los ojos con viveza, y fijándolos en D. Fernando de Toledo, que tenia en sus manos el Crucifijo en cuyo ósculo habia espirado su padre, se lo tomó y besó

muchas veces. Presentóle en seguida el mismo la vela de la Virgen de Monserrate; el Rey le miró, y al tomarla se sonrió tranquilamente, y le dijo: *Dadla acá, que ya es hora*. Entonces el Prior del monasterio le encomendó el alma segun el Ritual romano, y manifestó que le oia, y recibia consuelo con aquellas palabras llenas de unción. Mas de hora y media permaneció con la vela en una mano, y en la otra el Crucifijo, que besaba con frecuencia, hasta que á las cinco de la mañana, á los primeros albores del dia, protestando que moria como católico, aquella alma tan enérgica y fuerte abandonó el cuerpo, ya consumido y corrupto, á los 13 dias de setiembre de 1598.

¡Te arrebató la muerte, pero en vano,  
Porque tu vida es cuenta de los siglos!  
El porvenir oscuro  
Se adorna con el manto de tu gloria,  
Para brillar de tu deber mas puro  
El sol, entre las nieblas de tu historia.

Tú fuiste un tiempo el digno soberano  
Que cantará la España.  
¡Pardiez que ha honrado tu cesárea silla  
Rey que empezó á reinar con una HAZAÑA,  
Rey que acabó con una MARAVILLA! (1)

La mano de la muerte habia borrado del libro de los vivos al fundador del Escorial; y fué en el mismo retiro donde por espacio de tantos años, con su palabra y con su pluma, habia conmovido las regiones de dos mundos, y dirigido las riendas de una política azarosa y complicada.

Habia nacido este gran Monarca el 21 de mayo de 1527; comenzó á reinar por renuncia de su padre el Emperador en 1556; principió á edificar el portentoso monasterio en 1563; logró ver poner la última piédra el 13 de setiembre de 1584; y en el mismo dia, 14 años despues, y á los 71, 3 meses y 22 dias de su edad, á la que no ha llegado ningun príncipe de la Casa de Austria, murió de una enfermedad tan larga y de tantos padecimientos.

Tras del lecho mortuorio no hay siglo, ni púrpura, ni quimeras; solo hay una silenciosa eternidad (2).

Terminó casi con el siglo XVI la existencia del personaje que hizo el principal papel en su última mitad, habiendo cabido á su padre en la primera igual suerte.

Murió el Monarca, cuyos hechos fueron tan mal juzgados en su tiempo como variadamente comentada su historia hasta nuestros dias; y esto, segun un escritor moderno, no debe sorprendernos, porque los historiadores no inventan, sino que compilan, disponen y arreglan á su modo los hechos que hallan consignados en otras historias. El historiador debe ser un apóstol empuñando la antorcha de la fe destinada á iluminar al mundo; debe recorrer las ruinas de lo pasado, para encontrar y señalar la voluntad de Dios presidiendo los destinos de la tierra; debe con mano segura descorrer el velo de los hechos con lealtad y justicia: pero desgraciadamente el interés, las pasiones, el nacionalismo y las diversas creencias vienen á ser para la pluma del escritor otros tantos obstáculos que le impiden decir la verdad. Es decir, que los historiadores no tienen presente el célebre precepto de Polibio:

*Historicus nihil amore, vel odio ductus scribat;  
Laudet laudanda, contraria vituperet.*

(1) Romero Larrañaga.

(2) Hemos preferido insertar con algunas alteraciones todos los detalles de la muerte de Felipe II, tal como lo ha publicado el inteligente historiador Quevedo, por sernos imposible hacer un extracto mejor que el suyo de lo que antes imprimió Sigüenza.



La historia es de suyo mezquina y trivial, si no cuenta los acontecimientos humanos con el acento sublime de la filosofía, la tragedia ó la religion. La historia, que es la poesía de los hechos ó el poema épico de la verdad, no es la simple narracion, sino que es indispensable narrar bien, porque el talento es una parte de la verdad; y además, los asuntos humanos, aun los mas triviales en la apariencia, tienen cierto aspecto intelectual y oratorio, que doblega siempre los espíritus mas positivos para dar á conocer su obra: tan cierto es que lo que no pueda decirse literalmente bien, no merece que se diga.

Terminó un reinado fecundo en grandes acontecimientos, y terminó gozando la España de paz, pues aunque continuaba su contienda con Inglaterra, habia concluido el rigor de las hostilidades. Felipe II se hallaba dotado de un don especial para conocer los hombres y las cosas, además de la larga esperiencia que habia adquirido dirijiendo las riendas del Estado desde sus primeros años.

Si reflexionamos que disponia de una marina formidable, de un ejército aguerrido y disciplinado, de Generales entendidos y avezados al triunfo; si pensamos en que era rey absoluto, y que su firma y su sello real bastaban para transmitir á sus mas remotos estados, órdenes que eran recibidas con respeto y ejecutadas con rapidez, no habremos por cierto de maravillarnos que ese sueño de Monarquía universal que tanto se atribuye al hijo de Carlos V, dejara de ser una quimera (1).

Era el gefe de una vasta Monarquía; era un verdadero rey; y bajo este punto de vista el último que tuvimos en España. Verdad es que su persona carecia de brillo, y su palabra era poco elocuente; pero dirijia él mismo todos los negocios de sus vastos Estados; sabia con oportunidad, con su laconismo, con la autoridad que daba á su espresion, con el caracter de severidad nunca desmentido, infundir un respeto, una veneracion, una ciega deferencia á sus voluntades, que muy pocos monarcas alcanzaron.

Compréndese facilmente lo mucho que con tintas oscuras se ha podido escribir por el extranjero de ese rey; y como prueba de lo que decimos citaremos la historia de este personaje escrita por Leti; así como se comprende igualmente que los historiadores españoles no dijese mas que lo que era objeto de encomio. Las anécdotas y los rasgos de la vida privada de los príncipes y grandes personajes, no son la parte histórica que menos llama la atencion, sobre todo si abren campo á la malignidad, que es uno de los flacos de la especie humana. Averiguador celoso de las costumbres del clero en general, escudriñador diligente de la conducta y de las cualidades individuales de cada eclesiástico, conocia Felipe II, dice Lafuente, la capacidad, la instruccion y la moralidad de casi todos los que estaban en aptitud de aspirar á prebendas ó dignidades. Y con esto, y con atender mas á la ciencia que á la cuna, á la virtud que á la nobleza heredada, vióse en su tiempo obtener varones muy virtuosos y doctos las mitras y las prelacías. Con tal policia, y con la poderosa retentiva que poseia, cuando la Cámara le consultaba los sugetos para los obispados ú otras dignidades, solia recusarlos, ó por recientes deslices, de que él tenia exacto conocimiento, ó por antiguas flaquezas de la edad juvenil, que sin duda todos menos él tenían ya olvidadas. Memoria tanto mas sorprendente, cuanto que el clero era numerosísimo, y sus costumbres en general no muy puras y ejemplares (2).

Este rey, que vivia entre monjes, y solia rodearse y aconsejarse de frailes, veia sin sentimiento llevar al suplicio á cualquiera de estos que le faltara como soberano. Fr. Miguel de los Santos, á pesar de los honores y cargos de su orden, fue ahorcado en la plaza de Madrid; y aunque siempre se mostraba tan favorecedor de los intereses del clero, no tenia escrúpulo en apoderarse de la mitad de sus rentas cuando las necesitaba para las atenciones del Estado: de esta suerte vemos en su historia, que á la reclamacion de un Pontífice que invocaba la revocacion de una bula, contestaba con el opuesto dictamen de una junta de teólogos y canonistas españoles.

(1) Weis, traduccion castellana, edicion de Mellado.

(2) Varios historiadores citan algunos casos particulares de este género. Habiendo propuesto al rey varias veces para una mitra á un dignidad de la iglesia primada de Toledo, y como el Consejo estrañase verle tan retraido y moroso en conferirle el nombramiento, respondió: «Si le hacemos Obispo ¿cuál de sus dos hijos heredará el obispado?»—«Avisadme qué se ha hecho de un hijo que tuvo siendo colegial en Salamanca, dijo proponiéndosele otro para otro obispado.»



Aún hay mas: este hombre singular, cuyo carácter parece incomprendible á todo el que no le estudie filosóficamente; este príncipe, cuyo genio grave y austero vemos tan perfectamente fotografiado en aquella portentosa Basilica; cuyas aficiones monásticas le inclinaban á la sociedad de sus moradores; este monarca, cuyas exhaustas arcas se abrían con mas facilidad para fabricar un templo y una magnífica vivienda á una comunidad religiosa, que para pagar á sus ejércitos que le conquistaban reinos, este mismo era enemigo de la propagacion de las órdenes regulares. Mirábalas como no muy conformes al verdadero espíritu y objeto de la Iglesia, y se dedicaba mas á reformarlas y hacerlas observar las antiguas reglas, que á la creacion de nuevas órdenes. Oyósele alguna vez decir, que segun se iban multiplicando, era de temer que abundaran mas en el mundo los institutos que la piedad religiosa (\*).

Él introdujo el orden y regularidad en todo; él adoptó una política que cuadraba perfectamente á su carácter suspicaz, receloso y profundamente disimulado; no dando nunca lugar á que los ministros comprendiesen cuándo estaban en favor ó en desgracia de su rey. Inauguró, digámoslo así, el archivo de Simancas con todas las escrituras antiguas que andaban diseminadas por Castilla á riesgo de perderse.

En medio de la grave seriedad que siempre demostraba su rostro, era tolerante con los que se cortaban al hablarle, como hemos visto sucedió con Ercilla; y suspendía los ímpetus de su severidad al oír ciertas respuestas, cuya justicia le hacia fuerza. Citase entre otros el caso de un guardian de San Francisco, en cuya celda se habia ocultado un tal D. Gonzalo Chacon, á quien el rey buscaba. Averiguado el lance, hizo el rey venir á su presencia al religioso, á quien con acento y ademán airados dirigió estas palabras: *Fraile, ¿quién os enseñó á desobedecer á vuestro rey, encubriendo un delincuente tal? ¿Qué os movió?* Arrodillado el Guardian levantó los ojos, y humildemente respondió: *La caridad*. Al oírle el rey, dió dos pasos atrás, y repitió: *¡La caridad!.... ¡La caridad!.... Volvedle luego bien acomodado á su convento*, dijo al alcalde de corte que le acompañaba, Si la caridad le ha movido, ¿qué le hemos de hacer?

Al hablar del monasterio de Sigüenza, hemos dado á conocer á nuestros lectores la rigidez de Felipe II respecto de la observancia de las costumbres monásticas; rigidez que tuvo además desde sus primeros años en lo tocante á las de cuantos individuos le rodeaban. A poco de haberse comenzado la edificación del Escorial, y en una de las escursiones solitarias que tanto complacian á su fundador, y que tan perfectamente cuadraban á su carácter sombrío y meditabundo, caminaba solo por las cercanías de Illescas, cuando de repente le distrajo con su saludo un estudiante, que sentado sobre un frondoso césped, y con la bota en la mano, se ocupaba en terminar su frugal comida.

—¿Gustais? Dijo el mozo al régio caminante, el cual, en vez de pasar de largo, tuvo la humorada de acercársele, y admitiendo la bota, la llevó á sus labios.

—Me gusta vuestro vino, exclamó el rey.

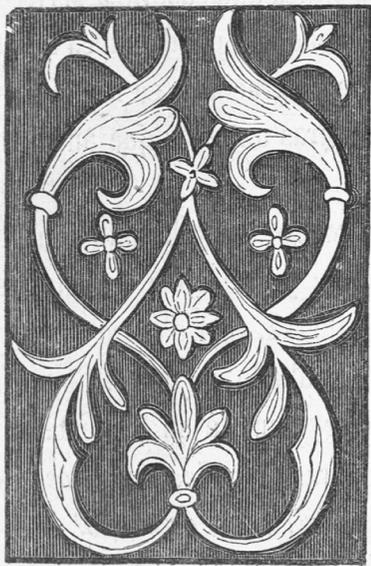
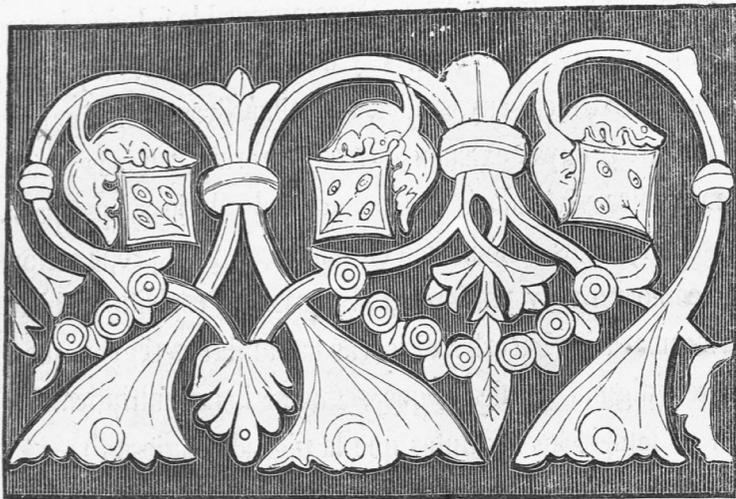
—Pues mas os gustarian, repuso el estudiante, los ojos de la tabernera. Escitada por esta respuesta la curiosidad de Felipe II, preguntó á su interlocutor qué carrera seguia; y habiéndole contestado que la eclesiástica, no pudo reprimir un gesto de descontento. ¿A dónde os dirijís?

—A Toledo, con objeto de pretender cierto destinillo; pero temo que el Obispo me reciba mal, porque he oido decir que solo protege á sus amigos.

Sacó el monarca de su bolsillo un papel manuscrito, lo entregó al estudiante, y le dijo despidiéndose de él:

—Haced que entreguen estos renglones á Su Ilma., y quizá os haga mas caso de lo que pensais. Alejóse el rey; guardóse el otro el papel en el bolsillo, y luego que hubo terminado su comida dirigióse á Toledo, y á casa del Obispo, sin acordarse de aquel manuscrito, al que desde luego concedió poca importancia. Mas viendo que se le negaba la entrada en el Palacio Episcopal, y acordándose entonces de su estraña aventura, enseñó el papel, y esto bastó para que inmediatamente fuera admitido y

(\*) Cartas sobre reformas y negocios eclesiásticos, año 1573, Archivo de Simancas. Est. leg. 155.—Cartas y minutas sobre el mismo asunto con noticias acerca de la vida liviana que hacian unas monjas de Zamora, año 1581. Est. leg. 161.



alcanzara la plaza que tanto deseaba, con mas una gracia particular que Felipe II le habia conedido secretamente por medio del Obispo, con la condicion de que se presentara á darle las gracias.

Aconsejado por el Obispo de que debia ver á S. M. con este objeto, se puso en camino, y fué recibido en la régia cámara.

Embargado por la satisfaccion, y no poco turbado en presencia de su monarca, ni aun se atrevió á alzar los ojos; mas habiéndole despertado un recuerdo el eco de aquella voz, alzó la vista, y al reconocer á Felipe cayó de nuevo de rodillas;

alzóle el rey con amabilidad, y le dirijió estas palabras:

—«Me alegro que me hayais reconocido; yo soy efectivamente el de la bota; pero os aconsejo, que si quereis ser buen sacerdote no os acordeis de los ojos de la tabernera.»

Que era hombre de elevado talento, de mucha perspicacia y grandes condiciones, nos lo prueba el modo admirable con que supo dirigir los destinos de Europa desde su atalaya del Escorial; siendo singular por cierto que un monarca empeñado toda su vida en guerras importantes, no se presentase mas que dos veces á sus tropas, la primera despues de la jornada de San Quintin, de cuyo punto estaba á cuatro leguas durante la batalla, y la segunda en Badajoz, donde se contentó con presenciar el desfile del ejército, que bajo las órdenes del Duque de Alba iba á conquistarle un reino. Y acaso á esta misma repugnancia en salir de España, y á su persuasion de que desde el Escorial podia ver y dirigir los asuntos de Europa, atribuyan algunos historiadores con cierta justicia los desaciertos

políticos que este monarca pudo cometer.

La digna y noble union de ideas y sentimientos que existió entre el pueblo y el soberano deron por resultado las admirables victorias que libraron á España de las cadenas del turco, manteniendo siempre alzado el estandarte católico, y siempre encendido el faro de la fe en medio de tan deshecha borrasca. La nave de San Pedro encontró siempre puerto seguro en sus playas; y los príncipes católicos, aunque émulos de nuestras glorias y poderío, volvian á nosotros los ojos y reclamaban nuestra amistad y amparo en todos sus conflictos contra el principio disolvente, que negando la autoidad de la Iglesia, minaba al propio tiempo su régia autoridad.

La incontrastable firmeza del poder español en aquellos momentos de encarnizada lucha religiosa, verdadero complemento de una obra providencial, no era ciertamente una elaboracion del humano entendimiento; otra mano mas poderosa era la que protejia y hacia descollar sobre todos los tronos el trono de Felipe.

Mostró este rey gran sagacidad desde niño, y de ello deponen muchos de sus actos, y hasta dichos todos breves, sentenciosos y llenos de tanta agudeza, que casi parecen despegarse de la constante severidad de su persona. Recomendándosele mucho la prudencia de un sugeto que se le proponia para un empleo de importancia, puso al margen del escrito: *Pero póngase otro, que ya tengo noticia de su Prudencia.* Al margen de otro memorial de la misma clase escribió: *Cuando no juegue.*

Además Felipe II no era solamente un hombre laborioso y un monarca devoto y político; era tambien una persona versada en idiomas y entendida en letras<sup>(1)</sup>. Conocia mucho la prosodia, y solia dar su voto á los autores de poemas latinos sobre el valor de ciertas voces.

Estimaba á los hombres instruidos, y tenia mucho amor á los libros: de esta última cualidad nos convence el encargo que dió á Antonio de Gracian para comprar las obras del Abulense (el Tostado), y á Arias Montano para la adquisicion de códices hebraicos en Roma, y á otros sabios; y sobre todo la biblioteca que comenzó á formar en el Escorial.

(1) Esto lo dicen casi todos los historiadores. El idioma francés sin embargo no debió serle muy familiar, puesto que cuando la ceremonia de los Estados de Flandes en su favor por Carlos V, encargó al que despues fue Cardenal Granvela, respondiese á los Estados en su nombre en lengua francesa, escusándose de no hacerlo él mismo por no haberla *deprendido*.

Dícese que era muy aficionado á las ciencias exactas; que tenia grandes conocimientos en geometría, y que no era extraño á las ciencias naturales. Por nuestra parte, la fundacion del Escorial, donde todas las artes desplegaron sus mas vistosas galas, es el mejor testimonio que podemos alegar en prueba de su esquisito gusto en arquitectura y demás nobles artes. Sin embargo, no hemos echado en olvido que despreció las obras de Zúcharo, y permitió que se cortara el famoso lienzo de la cena del Ticiano para colocarle en el refectorio. Como artistas queremos ser imparciales.

Pero este rey que tan solícito le vemos en ensanchar el círculo de los conocimientos humanos, adquiriendo las mejores producciones y premiando á los escritores de merecida fama, es desgraciadamente el mismo que en la famosa Pragmática de Aranjuez sacrificó el progreso intelectual al fanatismo religioso (\*). Temeroso de que el protestantismo se infiltrara en Europa, quiso aislar esta nacion del resto del mundo, y siendo partidario de las letras, se opuso abiertamente al curso de doctrinas hácia las que tenia completa aversion.



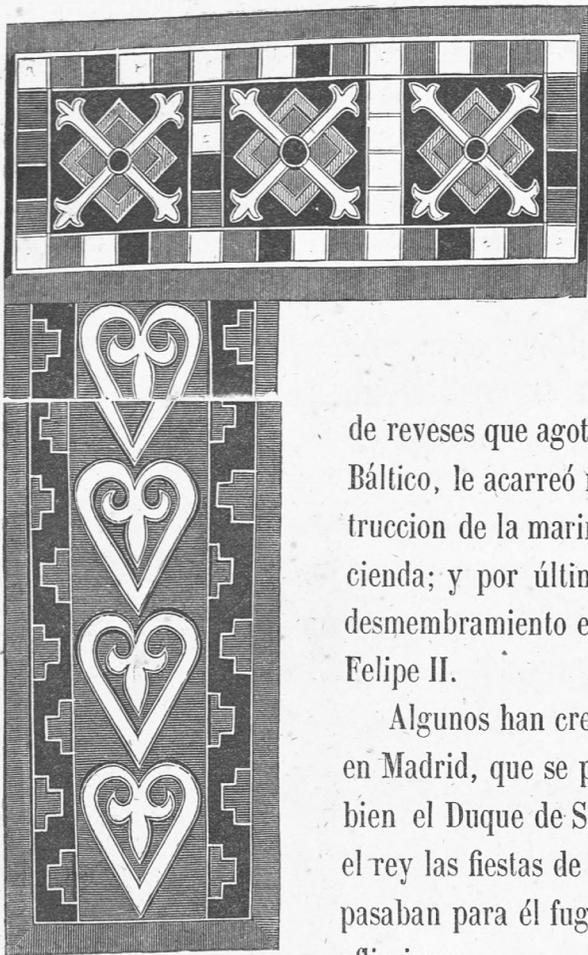
ANTONIO GRACIAN.

EL TOSTADO.

ARIAS MONTANO.

Este príncipe, dotado de una fabulosa memoria, cuya retentiva, mas sorprendente todavía, fatigaba y vencía en el trabajo á sus mas laboriosos ministros, y que aspiraba á sujetar bajo su cetro á los hombres y á los pueblos, rara vez levantaba su pensamiento á la altura de su poder y ambicion. Tan lento era Felipe II en resolver, dice un hábil historiador, como rápido su padre en obrar. Carlos V conquistaba un reino, mientras su hijo respondía á una consulta. Flamenco y educado en Flandes el uno, habia desagradado á los españoles porque no hablaba su idioma; español y criado en España el otro, habia disgustado á los flamencos porque no hablaba su lengua. Carlos, flamenco, tenia la vivacidad española; Felipe, español, tenia la fria calma de un flamenco. Parecia que habian equivocado la patria. Carlos era expansivo y cosmopolita; Felipe sombrío, y político de gabinete. Aquel, infatigable en el ejercicio corporal, hubiera querido hallarse en todas partes á la vez; éste, incansable en el manejo de la pluma, aspiró á rejir al mundo desde el rincon de un monasterio. El padre hacia temblar un estado con su pre-

(\*) En esta pragmática se condenaba á destierro perpétuo y á la pérdida de todos sus bienes al que saliera de estos reinos á estudiar ó enseñar en el extranjero.



sencia; el hijo le intimidaba con un decreto. El padre paseaba las tierras y los mares personalmente; al hijo le bastaba tener un mapa sobre su mesa. Carlos asistía á todas las asambleas de Europa; Felipe puede decirse que no se movía del Escorial, pero desde allí daba instrucciones á sus embajadores: era el jefe de los diplomáticos, y sabía mas que ellos.

Cupieron efectivamente en la cabeza de Felipe gigantescos proyectos, pero la historia nos demuestra que mas de una vez careció de las fuerzas suficientes para realizarlos. La conquista de Portugal debilitó su poder lejos de robustecerle; su lucha con los turcos fué alternada de triunfos y de reveses que agotaron los recursos de España; y su tenaz tentativa de establecerse en el mar Báltico, le acarreó no pocos disgustos y sacrificios. Su proyecto contra Inglaterra atrajo la destrucción de la marina española: sus pretensiones contra Francia acabaron por arruinar su hacienda; y por último, la rebelion de los Países-Bajos ocasionó la derrota de sus ejércitos y un desmembramiento en sus dominios. Tales fueron los deplorables efectos de la política invasora de Felipe II.

Algunos han creído que el Escorial fué la residencia fija del monarca; mas la corte estaba en Madrid, que se podía considerar como el centro del Gobierno. El Escorial, como dice muy bien el Duque de San Miguel, era la casa de recreo y de solaz, donde por lo regular celebraba el rey las fiestas de la Iglesia: era un sitio retirado donde, en compañía de sus queridos monjes, pasaban para él fugaces las horas; donde, como ya hemos dicho, hallaba consuelo á todas sus aflicciones.

No nos detendremos en enumerar los lunares que pudieron afeár el reinado de este monarca: semejante trabajo no nos compete, y está además magistralmente desempeñado por escritores de gran nota. Pararemos, sí, nuestra atención y la de nuestros lectores sobre los adelantamientos de España en aquella época, y las capacidades que produjo. A nosotros, humildes narradores de la historia del Escorial, extractada y formada sobre las de los notables autores que nos han precedido, no nos atañe ni inquirir causas, ni deducir consecuencias; hemos espuesto los hechos de todo género del modo que nuestro escaso talento nos ha permitido verlos en aquellas producciones: si el lector aspira á fijar su juicio respecto de la persona de Felipe II, que emprenda por sí mismo esta tarea, guiado por nuestra imparcialidad de simples cronistas.

Y además, ¿á que conduciría el disertar sobre si Felipe II fue el *demonio del Mediodía*, como entonces le nombraban los extranjeros, ó el rey santo, el hombre religioso que libertó á la Iglesia de la herejía, como le han apellidado algunos escritores españoles? ¿A qué dar libre vuelo á nuestra imaginación, ó torturar nuestro entendimiento para demostrar si aquel rey fue ó no el representante del fanatismo y de la tiranía, el hombre de las hogueras, el verdugo de los pueblos, ó por último, el gran político que comprendió su siglo y dió á España su envidiable poder y esplendente gloria?

Tan ensalzado como deprimido este personaje, cada cual le ha colmado de elogios y de invectivas segun sus miras ó sus pasiones: nosotros nos contentamos con decir que su reinado fue puramente español, y que si, como dijo un diputado por Leon, la idea de levantar el monumento del Escorial fue únicamente debida al fanatismo, confesaremos tambien que el fanatismo sabe producir obras de gran mérito.

Felizmente este mismo siglo en que se habían concluido los tesoros del reino y los del Nuevo Mundo, por el loco empeño de conservar países apartados, que sobre ser un perpétuo gravamen para España, como ya hemos dicho, fuera demencia esperar de ellos una sincera y provechosa incorporación; este mismo siglo de batallas, de opresion intelectual y de sacrificios humanos, es el siglo de las artes, es el siglo de oro de la literatura española, como feliz consecuencia del reinado de los Reyes Católicos. El gusto de los pintores, arquitectos y escultores de España, salía de los talleres de Leonardo, Miguel Angel, Rafael, Ticiano y Correggio, y si no brillaban todavía los Murillos, los Velazquez y los Canos, el reinado de Felipe II produjo artistas que pueden acercárseles con orgullo.

Al someter Carlos V definitivamente á la corona de Castilla el reino de Nápoles y el Milanesado, el arte italiano había llegado al apogeo de su gloria y esplendor: ya los eminentes artistas que conocemos habían producido sus inimitables obras maestras. La Nación por otra parte recibió un vuelo prodigioso con la toma de Granada, el descubrimiento del Nuevo Mundo y las empresas de Carlos V. A la primera noticia de los tesoros que encerraban en Italia los palacios de los príncipes y los ta-